

Apocalipsis

yulien Núñez



Capítulo 1

Apocalipsis.

Me levanté feliz. Esa mañana había ido a pasar mis vacaciones en un hotel de la playa. ¡ Al fin aire libre y libertad!

Había una red de piscinas de aguas azules que serpenteaba hasta el mar. Mi hermana se había encontrado un pretendiente muy rico que le regaló unos hermosos aretes adornados con zafiros.

Yo misma le había dicho que era un joven muy apuesto. Palabras al viento. Ella lo despidió sin escucharlo siquiera.

Me había adormecido bajo el calor del sol cuando una extraña sensación me sacó de mi modorra. Enseguida pensé

— ¿Dónde está mi hermana?

La busqué con la mirada pero no estaba. Presa de una congoja creciente salí a buscarla. Me percaté de que sin darme cuenta estaba caminando sobre las aguas poco profundas de la alberca.

Los huéspedes se quedaban con la boca abierta al verme andar sobre la piscina que terminaba bruscamente en el balcón del piso 21. Uno de ellos estaba tan borracho que empezó a dormitar aferrado a la escalerilla.

No sé lo que pasó por mi cabeza en esos momentos. Me dije a mí misma que si podía caminar sobre el agua. ¿ Por qué no sobre el aire? Temerariamente di un paso hacia el vacío. Y allí estaba yo en medio de la nada sostenida quien sabe por qué invisibles alas o quizás por la voluntad oculta de un ser superior

Fui dando pequeños pasos hasta que entendí que no era un sueño. Siempre había querido hacer algo así. Cuando alcé la mirada mi hermana me observaba boquiabierta por la ventana del apartamento del frente.

En medio de mi alegría le grité

— ¿Has visto lo que puedo hacer?

Volví a rehacer el peligroso sendero esta vez con ella que había descendido por el elevador para ver mis trucos. Sentí una idea que latía en mi interior impulsándome hacia la playa.

Ella me siguió como hacía siempre. Sin hacer preguntas. Osadamente caminé sobre las olas. Pero algo me alejaba más y más de la orilla. En un

esfuerzo de deshacerme de aquella voluntad que se me imponía me elevé sobre el mar.

Todo pasó tan rápido. ¡Volaba sobre la playa! El olor del salitre penetraba los poros de mi piel. Una muchedumbre me miraba en silencio mientras yo planeaba sobre las transparentes aguas. Luchando contra algo que quería que me elevara más y más hacía arriba. Pero tenía miedo hacerlo.

La extraña sensación de peligro que me despertara cuando salí a buscar a mi hermanita se hizo más fuerte. Bajo mi mirada el océano se fue poniendo oscuro. Enormes peces empezaron a surcar las aguas. Me acerqué para observarlos de cerca. Aquellas criaturas eran oscuras como la pez y sus ojos parecían carbones encendidos. Casi llegué a tocarlos con las manos.

Aquella cosa invisible no se rendía siguió tirando de mi hasta que el primer gran terremoto de muchos sacudió la tierra. Los edificios se hundían desde sus cimientos y el suelo de concreto se fracturaba dejando al descubierto peligrosas cimas.

Del mar empezaron a emerger cientos de poderosos tornados que barrieron la playa. Engullían los edificios del hotel haciendo explotar las tuberías de gas. Los escombros y el fuego se mezclaban a una velocidad prodigiosa destruyendo todo lo que se interponía en el camino.

Perdí a mi hermana en medio del fragor de la destrucción. Con el temor mis habilidades. Si así se les podía llamar se redujeron. Mi único deseo era llegar al pueblo donde se había quedado mi madre. Volé sobre el fuego y los escombros.

No podía elevarme más arriba de los altos techos por más que lo intentaba y mi vuelo era lento y dificultoso. A mi alrededor los edificios se derrumbaban con estruendo y a mis espaldas rugía el enorme tornado de fuego que iluminaba el atardecer como una gran antorcha.

Intentando remontar el último de los edificios sentí un latigazo sobre el hombro y la espalda. Había sido golpeada por un afilado cable desprendido de los escombros. Entre oleadas de un dolor punzante fui descendiendo. Mi mente se nublaba por la pérdida de sangre.

Una mujer al ver mi estado me trasladó a una casa cercana. Debajo había un inmenso bunker subterráneo. Caí desmayada.

Desperté pocas horas después. La herida que me cruzaba la espalda había sido suturada. Mi primer pensamiento fue; ¡Mi madre!. Me levanté como pude. Salí a la calle cubierta de ruinas humeantes.

El tornado había ido hacia el este con su carga de destrucción mientras yacía inconsciente .

Corrí entre los escombros. Unos escasos cien metros me separaban de la casa que rentaba mamá. A lo lejos pude ver el torbellino de viento y fuego que se acercaba. Después de rodear nuestra pequeña isla había tomado fuerza.

Ella estaba sentada afuera con la mirada triste. Al verme sus ojos se iluminaron.

La arrastré tras de mí.

— Vamos mamá. Hay un refugio cerca estaremos a salvo.

— Hija no podemos dejar la casa he visto ladrones. Acaban de robar en la casa de Marta aquí al lado.

Por su respuesta entendí que estaba en shock. Tiré de ella aconsejándole que era mejor salvar la vida que morir junto a unas cuantas chucherías materiales.

El color se hacía más fuerte. Mis heridas se habían abierto con el esfuerzo. Mamá estaba débil para andar y hube de cargarla sobre mis hombros. Tras de mí rugía el torbellino de fuego . A escasos treinta metros estaba el bunker. La salvación estaba tan cerca! Pero las fuerzas se me habían agotado

Mi madre lo notó. Me pidió con lágrimas en los ojos que la dejara allí.

— Yo ya he vivido suficiente mi niña. Sálvate tú.

Con fuerzas sacadas del dolor de mi corazón me elevé veloz hacia el cielo. Podía sentir el cuerpo frágil de mamá aferrarse a mí. Subí hasta quedarme sin respiración. Desde allá arriba vi lo que quedaba de nuestro mundo.

— ¿Mamá?. ¡Mira!. ¡Nuestra tierra! Solía ser zul.

Toc, toc, toc.

—¡ Hija! Despierta. Llegarás tarde al trabajo.

La joven que presagió la caída de un imperio.

Siempre pensó como sería tomar a su bebé en los brazos escuchar sus primeros balbuceos. La máquina le había asegurado que el feto sería saludable.

—Su coeficiente intelectual será mucho más alto que el de cualquier adulto al nacer y seguirá aumentando mientras crece.— Anunció el robot con voz metálica para luego aconsejarle— Deberías no tenerlo. Ustedes los humanos siempre encuentran la forma de autodestruirse.

No hizo caso del comentario. No sabía que los robots pudieran ser mordaces. Seguramente estaba averiado. Lo reportaría apenas saliera del hospital.

— Es una bendición— Pensó Ariana sobando su vientre puntiagudo mientras esperaba en el salón de parto. Hacía mucho que intentaba quedar embarazada sin lograrlo.

Habían quedado atrás esos días en que la mujer daba a luz con dolor. La tecnología les permitía estar adormecidas mientras los médicos extraían la criatura con ayuda de máquinas estilizadas.

Media hora después le entregaron la bebé. Era hermosa. Sus ojos bien abiertos eran de un extraño color púrpura y la miraban fijamente. Le recordaban a un joven con el que tuvo una aventura meses atrás cuando su relación estaba a punto de romperse.

Había sido tan tierno. La escuchó mientras ella llorando y un poco ebria daba rienda suelta a sus quejas y lo ponía al tanto de su miserable vida. Le había secado el rostro con su pañuelo calmándola con voz persuasiva.

Después hicieron el amor como locos en un motel de las afueras de la ciudad. Cuando regresó a casa recordó que ni siquiera le había preguntado su nombre. Pero no hizo falta. Él desapareció de la misma forma que había llegado.

Abrazó fuerte a su hija impregnándola de amor.

Le parecía escuchar en su cerebro una voz armoniosa que le decía.

— Al fin te conozco mamá.

Ariana pensó que era su mente jugándole una mala pasada. Había leído en alguna parte que muchas mujeres sufrían de una condición llamada estrés post-parto al dar a luz.

Revisó a la niña. Le extrañaba que no emitiera un solo sonido aunque sonreía como hacen los bebés. Se llevó una sorpresa al abrirla la boquita y cerciorarse de que no tenía lengua.

Horrorizada y enfadada tocó el timbre de emergencia. Acudió el mismo robot especializado en pediatría que la atendió el principio.

— ¿Qué desea? Sus signos vitales y los de la criatura están bien.

— ¿No ve que mi hija tiene una mal formación en su boquita?.i No tiene lengua!

— Su hija no tiene malformaciones señora. En cuanto a su aparato lingüístico no lo necesita.— Salió lentamente de la habitación dejando a la madre indignada amenazando con quejarse a la junta médica.

— Pronto gracias a usted nada de esto existirá. — Fue la fría respuesta de la máquina.

Decidida a salir de allí tomó sus pertenencias y a la pequeña que parecía haber crecido dos palmos.

— Mi padre llegará pronto. Tengo que despedirme mamá.

La voz en su cerebro no cesaba y la niña tenía los ojos llorosos.

Ariana miró a su hija con temor.

— ¡Al fin lo entiendes mamá!

La abrazó mientras las naves invasoras nublaban el cielo.